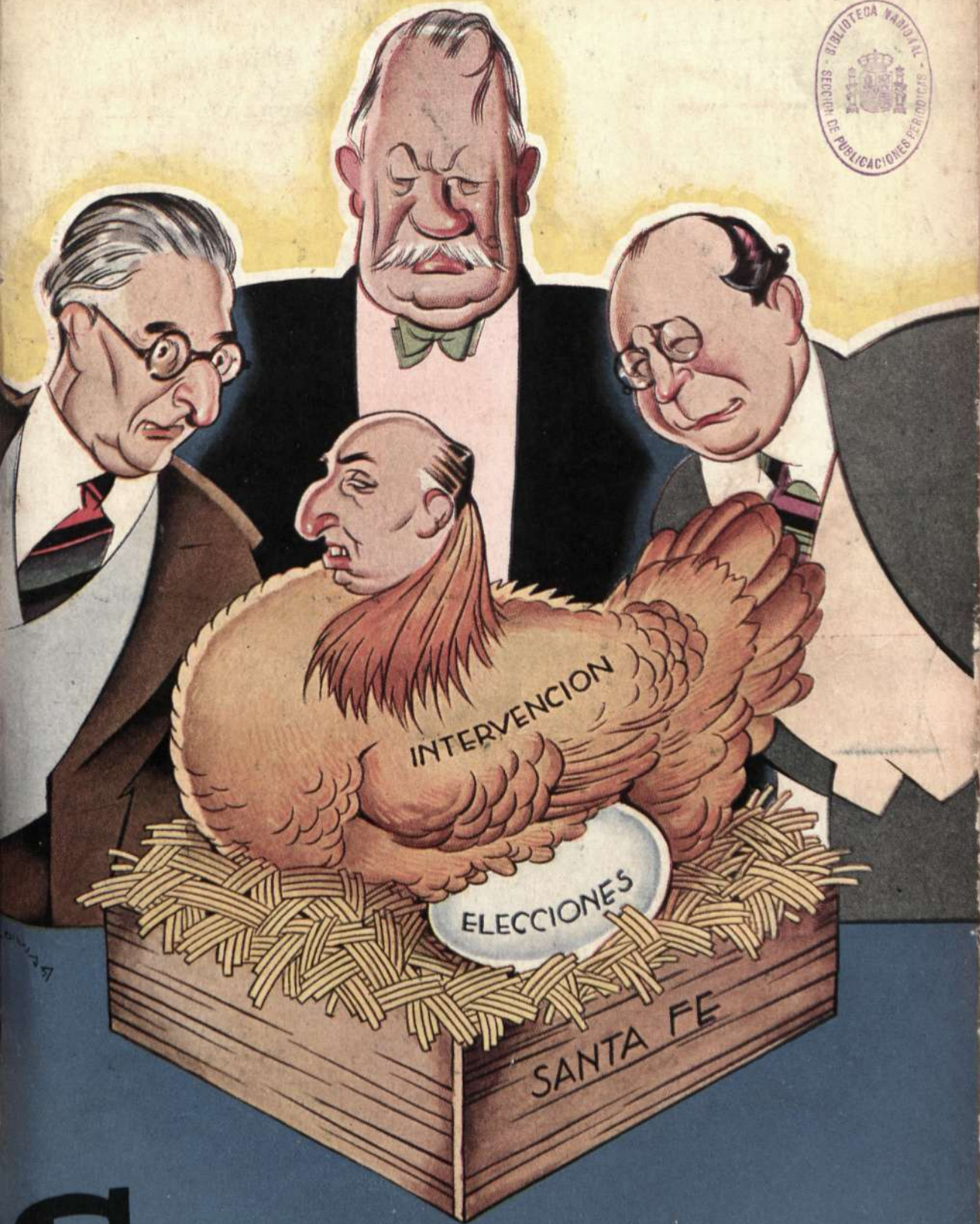


D111427



CARAS y CARETAS

Mattos, Yriondo y Mosca: — ¿Saldrá pato o gallareta?...



PARA LOS NIÑOS



Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que, coincidiendo con la iniciación de las clases, volveremos a presentar en estas mismas páginas, como en años anteriores, un material de lectura, el cual, sin perder su amenidad, complementará muchos de los temas que aparecen en los programas de enseñanza. Diagramas, siluetas, notas históricas, curiosidades científicas, etcétera, presentadas en colores y ajustándose, también, a las fechas establecidas para cada asignatura.

Cacería accidentada

CÓMO conseguimos filmar a las fieras en libertad? — preguntó Fred Wetson. — Eso dependía de las circunstancias... Por regla general, comenzábamos explorando la región desde arriba, y cuando veíamos fieras abundantes, aterrizábamos con nuestro avión blindado. Los animales quedaban aterrizados por el ruido de los motores, pero, en la mayoría de los casos, más que el miedo era la curiosidad y se aproximaban ofreciendo excelentes tomas para nuestros objetivos. Mas no siempre las cosas se presentaban tan fácilmente...

Recuerdo que cerca del lago Naivacha estuvimos a punto de perder la vida...

Habíamos partido de Mombaza y viajado sin mayores novedades hasta llegar a la aldea de Kitchako, cuyos indígenas eran amigos nuestros y recordaban aún los obsequios que les habíamos hecho en un viaje anterior. Nos recibieron entusiasmados y hasta repitieron la invitación que nos hicieron de salir de caza con ellos.

Ir de caza para ellos significaba una sola cosa: cazar rinocerontes. A los otros animales no les daban importancia. Eran cosa de todos los días; pero cuando mentaban al rinoceronte poníanse serios y es que, en realidad, frente a ellos los pobres indígenas se encontraban poco menos que desarmados con sus pobres



lanzas e inofensivas flechas.

Verlos en lucha tan desigual, además de espectáculo inolvidable, sería una nota más que interesante para nuestras cámaras.

El jefe declaró que antes de que el sol se ocultara dos veces el enemigo habría mordido el polvo. Con minuciosidad me describió el lugar donde tendría el encuentro, y hasta él mi compañero William Harvey transportó sus cámaras de toma y demás accesorios. Yo vendría a constituir una especie de retaguardia de los cazadores indígenas, y, carabina en mano, estaría listo para rematar con una bala al rinoceronte, en el caso de que escapara con vida de las flechas y lanzas de los de la tribu.

La partida fué precedida por una ceremonia en la que tomaron parte todas las negras de la tribu, y al cabo de la cual el jefe le tomó juramento a cada uno de los treinta cazadores.

Nos pusimos en marcha... si bien aquello no fué caminar. El suelo estaba cubierto por la maleza y todo género de plantas que obligaban a zigzaguear constantemente.

Después de aquel primer obstáculo apareció un arrenal, al sur del cual había un bosquecito. Continuamos hacia el punto aquel y bien pronto, en el suelo arenoso, descubrimos las huellas inconfundibles del enemigo en pos del cual íbamos.

Bruscamente lo descubrimos. Su enorme silueta negra se dejó ver entre las malezas que bordeaban el bosque. Los cazadores, enardecidos, lanzaron sus gritos de guerra y salieron en su persecución. La bestia aparecía y desaparecía entre las malezas, y, en realidad, mostrábase más dispuesta a huir que a hacernos frente. Era enorme. A veces se detenía, se enfrentaba con nosotros, y cuando los indígenas aprestaban sus armas, vol-

Los avaros tomaban un baño de mar.

— Te apuesto cincuenta centavos a que permanezco más que tú bajo el agua.

— Aceptado.

Y la policía tuvo que buscar los dos cadáveres...

vía grupas y echaba a correr.

Aquellas carreras terminaron. El rinoceronte se encaró con los indígenas, éstos lanzaron sus flechas y lo vimos caer. Pero...

Ya me adelantaba para contemplarle de cerca cuando escuchamos un ruido como de trueno. Los indígenas se miraron, lanzaron unos gritos que no alcancé a interpretar, y abandonando su presa intentaron huir.

¡Una manada!...

El que diga que los negros no se ponen pálidos de espanto, miente. Casi puedo decir que los vi blancos. Pasaron junto a mí como si de ellos se hubieran apoderado todos los demonios de la selva. Decidí seguirlos hasta el bosquecito que, al parecer, era el lugar más seguro. Allí también estaba mi camarada con sus cámaras...

Los negros, descalzos, podían correr con más rapidez. Hice lo que pude, y en cuanto tuve a mi alcance un árbol bastante elevado y resistente, arrojé mi carabina y trepé a él. Fué una suerte. Unos segundos más tarde, cual una avalancha, desfilaron no menos de quince rinocerontes. Estaban furiosos e, indudablemente, hubieran dado buena cuenta de los cazadores, mas...

En aquel instante percibí un inconfundible olor a quemazón y una espesa humareda pronto cubrió el bosquecito. ¡Tras el peligro de los rinocerontes, el de morir abrasados! Empero, tuvimos suerte. Las bestias fueron ahuyentadas por el humo y el fuego, que avanzaba con el viento a su favor.

Salté del árbol para salvarme a mi vez. Y, en eso, encontré a mi camarada Harvey, quien, radiante y con sus aparatos a cuestas, me dijo:

— ¡Vaya! Esta vez la sección cine le ha ganado a la de caza. He tomado muy buenas vistas de la manada de rinocerontes y luego, ya que ustedes estaban en peligro, me he limitado a arrojar unas cerillas entre la maleza...

Nos había salvado, en efecto...